

A close-up photograph of a golden Egyptian pharaoh's face, wearing a blue and gold headdress. The face is highly detailed, showing the eyes, nose, and mouth. The lighting is dramatic, highlighting the metallic texture of the gold.

Egipto

El mundo de los faraones

Egipto

El mundo de los faraones

Editado por
Regine Schulz y Matthias Seidel

con colaboraciones de:

Dorothea Arnold, Hartwig Altenmüller, Edith Bernhauer, Günter Burkard,
Albrecht Endruweit, Rita E. Freed, Renate Germer, Manfred Görg, Manfred Gutschell,
Friederike Kamm-Seyfried, Dieter Kessler, Rosemarie Klemm, Dieter Kurth, Ulrich Luft,
Eva Pardey, Daniel Polz, Wafaa el Saddik, Helmut Satzinger, Thomas Schneider,
Marcel Sehoeh, Regine Schulz, Matthias Seidel, Stephan Seidlmayer,
Abdel Ghaffar Shedid, Elisabeth Siebert, Hourig Sourouzian, Rainer Stadelmann,
Christine Strauß-Seeber, Ursula Verhoeven, Martina Ullmann,
Gabriele Wenzel, Stefan Wimmer, Joachim Willeitner, Susanne Wohlfarth

KÖNEMANN

La momificación

Renate Germer

Una particularidad de la cultura egipcia antigua era el embalsamamiento de los muertos con la esperanza puesta en conservar sus cuerpos eternamente. Los orígenes de la momificación en Egipto se deben a las condiciones climáticas y orográficas de sus tierras. En tiempos prehistóricos se enterraba a los muertos en la arena del desierto envueltos en pieles de animales o en esteras. El ambiente, seco y ardiente, absorbía el agua de los tejidos de los cuerpos, que así se conservaban, convirtiéndolos en momias naturales.

Cuando a principios de la era histórica se empezó a construir tumbas y enterrar a los muertos en ataúdes, dejaron de existir estas condiciones naturales de conservación y los cadáveres se descomponían. Pero, según las creencias religiosas del antiguo Egipto, para que se diera la vida en el más allá era imprescindible la conservación del cuerpo terrenal, por lo que se empezó a experimentar de qué forma se podía preservar éste de la descomposición natural.

Los primeros ensayos en este sentido consistieron en envolver el cuerpo con vendas de lino firmemente ajustadas. Se descubrió que sin extraer los órganos internos de la caja torácica y del vientre no se podía evitar la descomposición. Este hecho se pudo comprobar fácilmente en los cuerpos de los animales capturados con fines alimenticios, tales como aves y peces, que también sólo se podían conservar si se evisceraban. Así comenzaron los embalsamadores en el Imperio Antiguo a abrir las cavidades ventrales de los difuntos y extraerles las vísceras. Posiblemente se aplicó también el uso de sales deshidratantes utilizadas para la conservación de carnes y pescados en la momificación de cuerpos humanos, para lo cual se utilizó el natrón.

En tiempos del Imperio Antiguo no se logró, pese a la extracción de las vísceras, conservar los tejidos del cuerpo de forma tal que llegaran intactos hasta nuestros días. Bajo la envoltura de vendas de lino se encuentran hoy apenas unos huesos y restos de tejidos que, al tocarlos, se desintegran con facilidad. La envoltura de lino, por el contrario, se encuentra en muchos casos en un estado todavía muy bueno y en ella se hace palpable el esfuerzo de los egipcios por conservar el cuerpo después de la muerte lo más fielmente posible a lo que fuera en vida y en condiciones de funcionamiento. Frecuentemente están modelados en lino órganos tales como los genitales y en el caso de las mujeres los pechos, las orejas, los ojos, la boca y la nariz o, como mínimo, se ha pintado una cara. Las capas exteriores del vendaje se conformaban a modo de prendas de vestir, en el caso de las mujeres con la forma de un vestido largo y ajustado, en el de los hombres con la de un faldellín.

Sería ya en el Imperio Medio cuando se dió el paso siguiente en el desarrollo de la técnica de momificación, consistente en la extracción del cerebro del cráneo. Este procedimiento sólo se aplicó al principio en casos aislados y, a juzgar por el número de hallazgos, exclusivamente por los estratos sociales más altos, situados en torno a la familia real. A partir del Imperio Nuevo se generalizó extraer del cuerpo tanto el cerebro como las vísceras para embalsamarlo. Así se consiguió, finalmente, conservar los tejidos del cuerpo de forma tal que se han conservado durante más de tres milenios y medio y han llegado intactos hasta nuestros días.

Después del ocaso del reino faraónico en Egipto se siguieron embalsamando los cuerpos de los muertos, aunque en la mayoría de los casos no tan cuidadosamente. Incluso los monjes coptos hicieron enterrar sus cuerpos conservados de esta forma, aun cuando la iglesia cristiana encarecía poner fin a estas costumbres paganas. Así, se puede constatar la extinción del embalsamamiento en el siglo VII d.C.

El proceso de momificación

Nuestros conocimientos sobre el proceso de momificación de un cadáver y sus transformaciones técnicas registradas en el transcurso de los siglos se basa en dos fuentes: además de la investigación de los cuerpos conservados en sí, está a nuestra disposición el relato del viajero y escritor griego del siglo V a.C., Heródoto y los datos de Diodoro.

Las fuentes egipcias, por el contrario, que nos han llegado bajo la forma de grandes volúmenes de textos e imágenes tanto en las paredes de las tumbas y templos como en papiros, no tratan la artesanía de los embalsamamientos. Sólo dos papiros de la época romana describen el llamado ritual de embalsamamiento, pero aquí solamente se trata de instrucciones de carácter ritual, de cómo debe ungirse, vendarse y proveerse con la protección mágica mediante amuletos y conjuros cada una de las partes del cuerpo. La técnica de la conservación del cuerpo en sí no se describe en ellos.

Los datos de Heródoto son, comparados con los descubrimientos de las modernas investigaciones realizadas sobre momias, de una precisión sorprendente. Debe haber dispuesto de fuentes de información muy buenas, o bien observó él personalmente los embalsamamientos en Egipto o éstos le fueron descritos con todo lujo de detalles. Los hallazgos arqueológicos de

59 *Máscara funeraria de lino estucado*. Probablemente de Tebas, Imperio Medio, XI Dinastía, hacia 1900 a.C.; lino estucado y pintado; altura: 71 cm; El Cairo, Museo Egipcio, RE 24A.261.

El uso de las máscaras de momias está documentado en Egipto desde el Imperio Antiguo. Mientras que los tipos iniciales eran de yeso, en el Imperio Medio se elaboraron con numerosas capas de lino y

otra más gruesa de estuco, que se pintaba. Esta máscara muestra el rostro de un hombre con peluca larga y raya en medio, una barba estilizada cerrada y falsa perilla. La máscara cubre también la parte superior

del cuerpo y está dotada con un collar de varias vueltas que, cosa nada frecuente, sube hasta la base de la barbilla y las orejas.

los últimos años y las más recientes investigaciones a que se han sometido las momias, nos permiten hoy traducir el texto de Heródoto con toda exactitud y precisarlo aún más en algunos pasajes: «después del duelo... llevan el muerto a embalsamar. Hay gentes que a este efecto se han establecido y ejercen estas artes como propiedad transmisible por herencia».

Los embalsamadores trabajaban fuera de las localidades, a orillas del Nilo o de una acequia que arrancaba del mismo, ya que para lavar los cuerpos necesitaban agua en abundancia. Los hallazgos de materia vegetal que quedó accidentalmente como residuo en los cuerpos de las momias evidencian, además, que el embalsamamiento se llevaba a cabo al aire libre. El cuerpo yacía para ello sobre una mesa de piedra o de madera, cada uno de cuyos laterales estaba decorado con las formas estilizadas de un león. Para un embalsamamiento real se utilizaron seguramente mesas mucho más ostentosas, comparables con las de alabastro que se utilizaron para momificar los cuerpos de los toros Apis. En el recinto de la pirámide del rey Zoser en Saqqara, del Imperio Antiguo, se han hallado mesas de alabastro de menores dimensiones, que probablemente sirvieron para el tratamiento de las vísceras.

60 Momia de un sacerdote

Saqqara, tumba de tisa en la calzada de acceso a la pirámide del rey Unas; Imperio Antiguo, V Dinastía, hacia 2350 a.C.; excavación del Servicio Egipcio de Antigüedades, 1986.

La momia de este hombre desconocido perteneció también al grupo de las denominadas «momias de lino», es decir, al formado

por aquellas cuyos tejidos del cuerpo del difunto no se han conservado, pero sí sus formas gracias a la depurada técnica utilizada para el vendaje, siendo en este caso especialmente llamativo el cuidado con que se modeló el rostro. El hombre está vestido con un faldellín cono y un fajín rojizo cruzado sobre el pecho, posiblemente un indicio de que fue en vida sacerdote lector.

61 Momia de una mujer

Guiza, cementerio oeste (G 2200 B); Imperio Antiguo, finales de la IV Dinastía, hacia 2510 a.C.; longitud aprox.: 150 cm; Boston, Museo de la Expedición de Bellas Artes de la Universidad de Harvard, 1933, 33.1017, actualmente Museo de Bellas Artes, 33.4.22a. La momia de esta mujer fue descubierta en un gran ataúd de madera, demasiado grande para sus dimensiones corporales (240 cm). El cuerpo de la difunta fue tratado con extrema calidad artística, vendando los dedos de las

manos y de los pies uno por uno, los senos e incluso los pezones perfectamente modelados con vendas. Se pusieron identificar hasta 37 capas de vendaje, siendo cada una de las tiras de lino de unos 19 cm de ancho. El vendaje estaba cubierto exteriormente por un paño de lino cortado y cosido con la forma de un largo y ajustado vestido femenino. Dos de los paquetillos de lino que se habían usado para modelar el cuerpo llevaban una inscripción en tinta con el texto: *shemat nefret*, es decir «buen lino del rey».





62 Mesa ritual

Sajqara, recinto funerario del rey Zoser; Imperio Antiguo, principios de la III Dinastía, hacia 2700 a.C.; caliza-alabastro; altura: 38 cm, anchura: 42 cm, longitud: 89 cm; El Cairo, Museo Egipcio CG 1521. Esta mesa ritual de reducidas dimensiones fue descubierta junto a otra idéntica en la entrada de una tumba, que había sido cubierta en época posterior por las instalaciones del com-

plejo funerario del rey Zoser. Con ello, es más que probable una datación en tiempos anteriores a este rey. Su forma recuerda a las mesas de embalsamamiento, tanto grandes como pequeñas, del Período Tardío, que también estaban decoradas con figuras de león estilizadas y dispone también de un desagüe para la concavidad superior. El reducido tamaño de ambas mesas, del Imperio Antiguo, ha inducido a pensar que se trata de mesas para

embalsamamiento de los órganos internos. Pero esta interpretación entraña dificultades dado que no sabemos si en esa época tan temprana ya era habitual el embalsamamiento de las vísceras extraídas. Pero como posteriormente se utilizan vacas zombietas para el ritual de momificación, es de suponer que existe una vinculación con los rituales de enterramiento. El motivo de los leones indica, además, que su contexto está unido al rey.

Según Heródoto, los embalsamadores empezaban su trabajo por la cabeza del cadáver extrayendo de ella el cerebro: «primero sacan el cerebro por los orificios de la nariz con un alambre de hierro doblado y, una vez que lo han extraído, vierten gotas de un líquido resinoso en su interior».

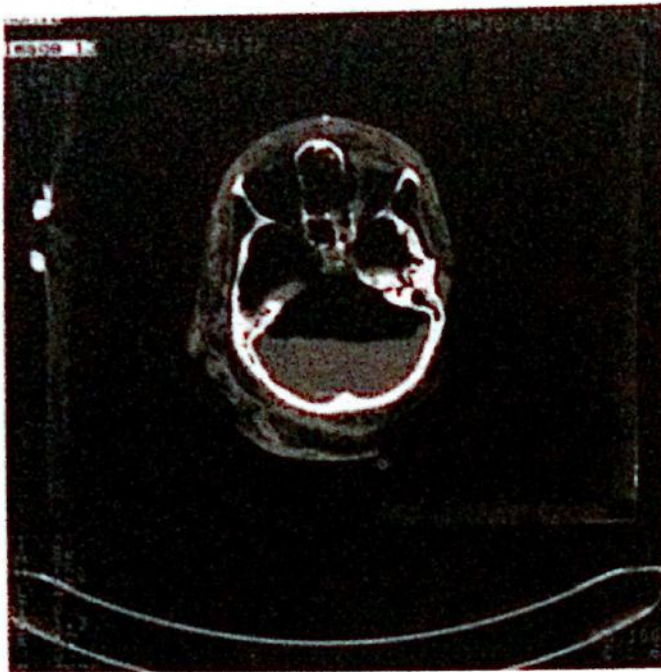
En numerosos museos de arte egipcio se encuentran hoy esos ganchos utilizados entonces para los embalsamamientos. Se han conservado hasta nuestros días gracias a que en algunos casos se enterraron ritualmente todos los instrumentos y materiales utilizados en la momificación en una fosa delante de la tumba. Los ganchos no son, pese a lo que dice Heródoto, de hierro, sino de bronce y alcanzan hasta 40 cm de longitud. Uno de los extremos de este instrumento podía tener formas muy diferentes: de aguja, de gancho o incluso arrollado en espiral. Presumiblemente, un embalsamador trabajaba con un juego completo de diversos ganchos, ya que con ellos no sólo tenía que atravesar el hueso etmoides por el interior de la nariz para penetrar hasta el cerebro y abrir este acceso, sino que también tenía que extraer la masa encefálica y la meninges. Los estudios realizados sobre momias demuestran, no obstante, que los embalsamadores no siempre extrajeron el cerebro a través de la nariz; este procedimiento se llevó a cabo muy frecuentemente a través del orificio occipital (*foramen magnum*).

63 Ganchos de bronce

Período Tardío, hacia 600 a.C., bronce; longitud: 28 cm, 28,5 cm, 33,5 cm, 1 ejemplar; Museo Nacional de Antiquidades, AB 140 b-d.

Los instrumentos de bronce con un extremo en forma de gancho o arrollado en forma de espiral y una asa larga eran utilizados por los embalsamadores para extraer el cerebro del cráneo. Esto se llevaba a cabo, como refiere Heródoto, por la nariz o también por el orificio occipital, la abertura natural del cráneo donde encaja la primera vértebra cervical. En algunos casos, los instrumentos utilizados para la momificación y los materiales sobrantes se enterraban en las proximidades de la tumba en una fosa, gracias a lo cual ha llegado hasta nuestros días una serie de dichos objetos.





64 Reproducción de una tomografía computarizada del cráneo de una momia del Periodo Tardío (fotografía: Universidad Médica de Lübeck). En esta tomografía transversal se hace claramente reconocible, en la zona de la nuca, la masa de aceite resinoso introducido en la cavidad craneana después de la extracción del

cerebro. Originalmente, esta masa era líquida, pero se endureció formando una película superficial. Las estructuras de los huesos en la zona de las células etmoidales demuestran que en este caso los embalsamadores extraen el cerebro a través de la nariz. La cabeza está todavía envuelta por numerosas capas de vendas de lino.



65 Reproducción de una tomografía computarizada del cráneo de una momia de la época en torno a 900 a.C. (fotografía: Hospital de la Universidad de Eppendorf, Hamburgo). En esta momia se procedió a rellenar la cavi-

dad craneana con tiras de lino después de haber extraído el cerebro, método éste que los embalsamadores de la época aplicaban solamente en muy contados casos.

En los cráneos ya vacíos, según Heródoto, se vertía un líquido resinoso. Los análisis químicos realizados en los últimos años nos han permitido constatar que estas sustancias consistían en una mezcla de resinas de diversas coníferas, cera de abeja y aceites vegetales aromáticos. Las resinas de las coníferas debieron ser importadas de Palestina, al igual que el betún que se mezcló en algunos casos; eran, por tanto, asequibles a los particulares sólo a través de una dependencia oficial o de un templo.

Al calentarlos, los diversos componentes se licuaban para verterlos luego en la cavidad craneana, donde al enfriarse se solidificaban. Se pueden reconocer hoy con facilidad en el interior de la cabeza de la momia mediante estudios radiológicos y, sobre todo, aplicando la tomografía computarizada. El gran número de estudios siguiendo este último método aplicado sobre momias han puesto empero también en evidencia que los embalsamadores no trabajaban conforme a una técnica de momificación preestablecida. Así, en algunos casos, introdujeron en la cavidad craneana vacía lino en vez de aceite resinoso.

Después del tratamiento de la cabeza, los embalsamadores pasaban al tratamiento del cuerpo del difunto y abrían su cavidad ventral: «luego abren el cuerpo a lo largo de las partes blandas con una piedra etíope afilada y extraen todas las vísceras. Cuando ya lo han lavado y enjuagado con vino de palma, lo tratan una vez más con incienso molido». La incisión ventral se realizaba siempre por encima de la cresta iliaca y en el lado izquierdo. Los embalsamadores conservaban las vísceras extraídas (pulmones, hígado, estómago e intestinos) por separado, las envolvían en un paño de lino y depositaban cada órgano en uno de los llamados vasos canopos, recipientes especiales que se depositaban en la tumba junto a la momia. Los vasos canopos, que están documentados desde el Imperio Antiguo, eran al principio recipientes sencillos con una tapa plana, dándoseles posteriormente a las tapas la forma de una cabeza humana.

De la protección mágica de las vísceras estaban encargados cuatro dioses especiales, los llamados hijos de Horus. De ellos, Amset tenía apariencia humana, Hapi de mono, Kebeksenuief de halcón y Duamutef de chacal. Para documentar la función protectora, a partir de la XIX Dinastía, las tapas de los vasos canopos recibieron la forma de la cabeza correspondientes a una de estas deidades, asignándose a cada una de ellas un órgano determinado de los cuatro sacados del cuerpo.

Al extraer las vísceras, los embalsamadores ponían especial cuidado en dejar el corazón dentro del cuerpo o lo volvían a colocar en su lugar. El corazón era para los egipcios el lugar donde residía el pensamiento y el sentimiento, y responsable por tanto de la individualidad de cada ser humano. Tenía que permanecer en el interior del cuerpo aunque, según las ideas religiosas de aquellos tiempos, también podía ser sustituido por un escarabajo-corazón mágico de repuesto, que rendía cuentas sobre la conducta en vida del difunto en el juicio de los muertos presidido por Osiris en lugar del corazón verdadero.

El siguiente paso decisivo en el proceso de embalsamamiento de un cuerpo era tratarlo con natrón. Éste es una sal fuertemente hidróscópica, es decir, extrae de los tejidos del cuerpo el agua que contienen, secándolos y conservándolos. Hasta hace poco se pensaba que los egipcios utilizaban una solución líquida de natrón, pero las investigaciones más recientes han demostrado que llenaban el cuerpo con sal de natrón en estado sólido y también lo envolvían por el exterior con ella. Este tratamiento con sal de natrón duraba entre 35 y 40 días, estando entonces el tejido completamente desecado y ya no se descomponía.

Para darle al cuerpo un aspecto externo lo más parecido a lo que fuera en vida, se tenía que rellenar nuevamente la caja torácica y la cavidad abdominal. Ello se llevaba a cabo generalmente utilizando lino o aserrín, más rara vez barro del Nilo o plantas olorosas.

Heródoto escribe al respecto que el corte practicado en la cavidad ventral se volvía a coser una vez introducido el relleno. Ello se llevaba a cabo, no obstante, en casos muy aislados. En la mayoría de ellos, los embalsamadores lo cerraban con lino, una placa de cera o, si se trataba de la persona del rey, con una delgada chapa de oro.

La momificación y la medicina del antiguo Egipto

Cabría pensar que el intenso tratamiento de los cuerpos mediante el embalsamamiento les habría dado a los médicos del antiguo Egipto conocimientos bien fundamentados sobre la anatomía del hombre, pero no fue éste el caso. Ambos gremios profesionales, los médicos y los embalsamadores, trabajaban completamente independientes unos de otros. Los médicos no estaban presentes en la momificación y no aprendieron nada sobre la constitución interna del cuerpo. Este hecho se hace notorio en el extenso material escrito sobre medicina de que disponemos.

Los papiros muestran que los médicos de entonces disponían de grandes conocimientos empíricos sobre cómo tratar diversas enfermedades. Para ello utilizaban gran número de medicamentos diferentes, sobre todo de origen vegetal. Sus ideas anatómicas correspondían, pese a ello, al conocimiento adquirido en la cría de ganado y en el destazado de los animales sacrificados. Ello se evidencia, entre otros aspectos, en que mientras los jeroglíficos usados para las partes externas del cuerpo humano tienen la forma de modelos tomados de los miembros correspondientes del mismo, en los jeroglíficos usados para denominar los órganos internos se usaron modelos de origen animal.

Heródoto informa, no obstante, del alto nivel de la medicina del antiguo Egipto y esto se ve confirmado mediante las cartas halladas en Egipto y en Asia Menor procedentes de príncipes extranjeros de mediados del II milenio a.C. En ellas se expresa la petición de que se envíen médicos egipcios a sus respectivas cortes, ya que los mismos disponían de conocimientos muy vastos y alcanzaban mayores cifras de curación que los médicos propios.

Los papiros de contenido médico procedentes de Egipto describen un gran número de diferentes enfermedades, que azotaban a la población en el valle del Nilo. No obstante, hasta hoy sólo se ha conseguido en unos pocos casos identificar los nombres de las enfermedades mencionadas en los textos. Los trabajos de investigación de la ciencia especializada llamada paleopatología con sus métodos de investigación científica modernos ha alcanzado, por otra parte, una respetable cantidad de nuevos descubrimientos.

La diagnosis moderna de las momias

Hoy día se pueden detectar las enfermedades en las momias siguiendo tres métodos diferentes. El primero de ellos consiste en la investigación de una transformación patológica ocasionada en el cuerpo por una enfermedad. Un ejemplo conocido de este tipo es el pie lisiado del faraón Siptah. La causa de esta deformidad no es conocida, posiblemente se trate de las secuelas de una enfermedad infantil del tipo de la poliomielitis, al igual que la que está representada también en la estela de Rama. Entre las enfermedades cuyas transformaciones patológicas se pueden reconocer bien en las momias se encuentran también la artrosis y la arteriosclerosis.

El segundo método de detección de enfermedades consiste en identificar el agente patógeno o la causa en sí. En este caso se puede tratar de, por ejemplo, parásitos o partículas de arena o de hollín inspiradas, que producen graves lesiones en los tejidos pulmonares. Como se ha podido



66 Juego de vasos canopos

Imperio Nuevo, XIX Dinastía, hacia 1210 a.C.; loza vidriada, altura: 30 cm, diámetro: 16,2 cm, Boston, Museo de Bellas Artes, donación de Mrs. J. D. Cameron Bradley en 1948, 48.1286.89.

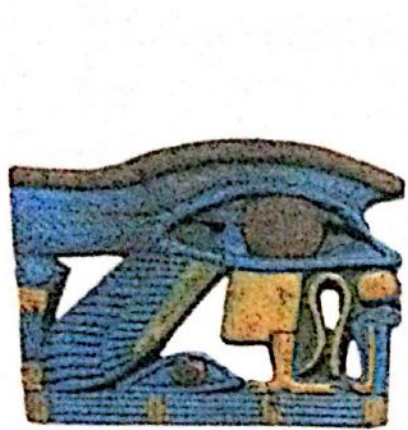
Desde el Período Ramésida, las tapas de los vasos destinados a alojar las vísceras se modelan frecuentemente con las formas de las cabezas de los 4 hijos de Horus encargados de proteger los órganos internos. La forma de los vasos se identifica en consecuencia directamente con las

divinidades. Anset (cabeza humana), Duamutef (con cabeza de chacal) y Kebehsenuef (cabeza de halcón) están representados aquí con una peluca, mientras que Hapi (con cabeza de batiago) lleva sólo su característico pelaje parecido a una capa. Sobre el hombro del vaso reproducido aquí se encuentra una especie de collar de hojas de loto, como símbolo de la regeneración, en el cuerpo, un campo con una imagen que representa al difunto con el gesto característico de rendir culto al dios del reino de los muertos, Osiris, sentado en su trono.

constatar en las investigaciones realizadas sobre momias, estaban especialmente generalizadas las parasitosis debidas a lombrices, y ello no sólo afectaba a los estratos sociales más bajos. Se ha detectado la presencia de platelmintos, nemátodos, esquistosomosis (por ejemplo, *Fasciola hepática*) y triquinosis. Entonces como hoy, era muy frecuente la bilharziosis ocasionada por lombrices del género *Schistosoma*, cuyas larvas se desarrollan en los caracoles acuáticos que viven en el Nilo. La infección suele producirse sobre todo al bañarse o trabajar en las aguas estancadas.

Un método muy reciente aplicado para el reconocimiento de agentes patógenos consiste en identificar el ADN, es decir, la información genética que se ha conservado en el interior de las células de las momias. De esta forma ya se ha conseguido reconocer infecciones de carácter tuberculoso en momias de la América precolombina y se están preparando investigaciones de este tipo sobre momias del antiguo Egipto.

Desde hace algunos años existe una tercera vía para identificar enfermedades en las momias, a saber, analizando la presencia de los anticuerpos todavía existentes en los tejidos. Si penetra en el cuerpo humano una



71-81 Diversos amuletos

Imperio Nuevo - Período Tardío, de finales de la XVIII a la XXVI Dinastía, entre 1320 y 550 a.C., loza, esteatita y piedras ornamentales, Londres, Museo Británico

Los amuletos tuvieron ya desde los tiempos más tempranos un importante papel en la vida de los antiguos egipcios como objetos que auguraban protección o felicidad. Eran portados por los vivos y depositados en las tumbas junto a los muertos. La combinación de diversos amuletos podía potenciar la función mágica, aumentándola o modificándola. Del tipo a su gran ete acia se disponían también con frecuencia entre las capas de vendas de los difuntos, para asegurar su regeneración y ahuyentar todos los peligros tanto terrenales como del más allá.

De izquierda a derecha y de arriba a abajo:
Ojo udjat, XXII-XXV Dinastías, loza vidriada policroma, longitud: 6,7 cm, BM EA 29222

Amuleto corazón, XVIII-XIX Dinastías, esteatita negra con incrustaciones, altura: 6,4 cm, BM EA 50742

Amuleto corazón, finales de la XVIII Dinastía, loza vidriada policroma, altura: 6 cm, BM EA 29440

Lanzada tui (sargos de Iasi), XVIII-XIX Dinastías, jaspe rojo, altura: 6,5 cm, BM EA 20639

Pectoral con escarabeo corazón, XIX Dinastía, loza vidriada policroma, altura: 9,7 cm, BM EA 7865

Pilar djed, XXVI Dinastía, loza vidriada azul, altura: 11,3 cm, BM EA 12235

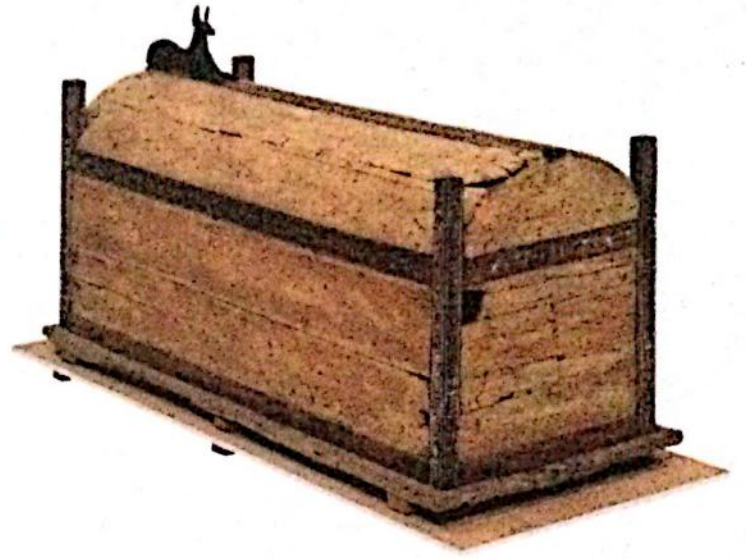
Reposacabezas en forma de serpiente, XXVI Dinastía, hematita, anchura: 3,9 cm, BM EA 20647

Los cuatro hijos de Horus, XXVI-XXVII Dinastías, loza vidriada azul, altura: 6,5-8,8 cm, BM EA 52244-47

específicas y servían para asegurar la regeneración del difunto después de su muerte. Los amuletos no eran visibles externamente, dado que quedaban cubiertos por varias capas de lino. Sobre el lienzo exterior de lino se disponía, en ocasiones, una red muy artísticamente elaborada compuesta por cuentas de loza.

La cabeza de la momia estaba envuelta por una máscara pintada de lino estucado, sólo en el caso de las momias reales se utilizaron máscaras de oro. El rostro de la máscara de momia muestra al difunto como una persona idealizada, con un rostro idealizado, es decir, de edad indefinida y sin rasgos individuales. Este tipo de representación se transforma sólo a partir del siglo I d. C. bajo la influencia romana. Ello condujo, en el Egipto Medio, al empleo de máscaras de estuco pintado que se colocaban sobre las momias y, en El Fayum, a la elaboración de los retratos de momias.

La momia, preparada con tanto despliegue de medios y esfuerzo, se introducía luego en uno o varios ataúdes —encapados unos dentro de otros en el segundo caso— que en el Imperio Antiguo y a principios del Imperio Medio tenían forma de caja, pero que posteriormente se elaboraron ya con la forma de momia. El entierro del difunto se realizaba aproximadamente a los 70 días de su muerte, pero se dieron también casos en los que el mismo se llevó a cabo mucho más tarde. Posiblemente se debía ello a que, en muchos casos, la tumba o el ajuar no se habían acabado a tiempo.

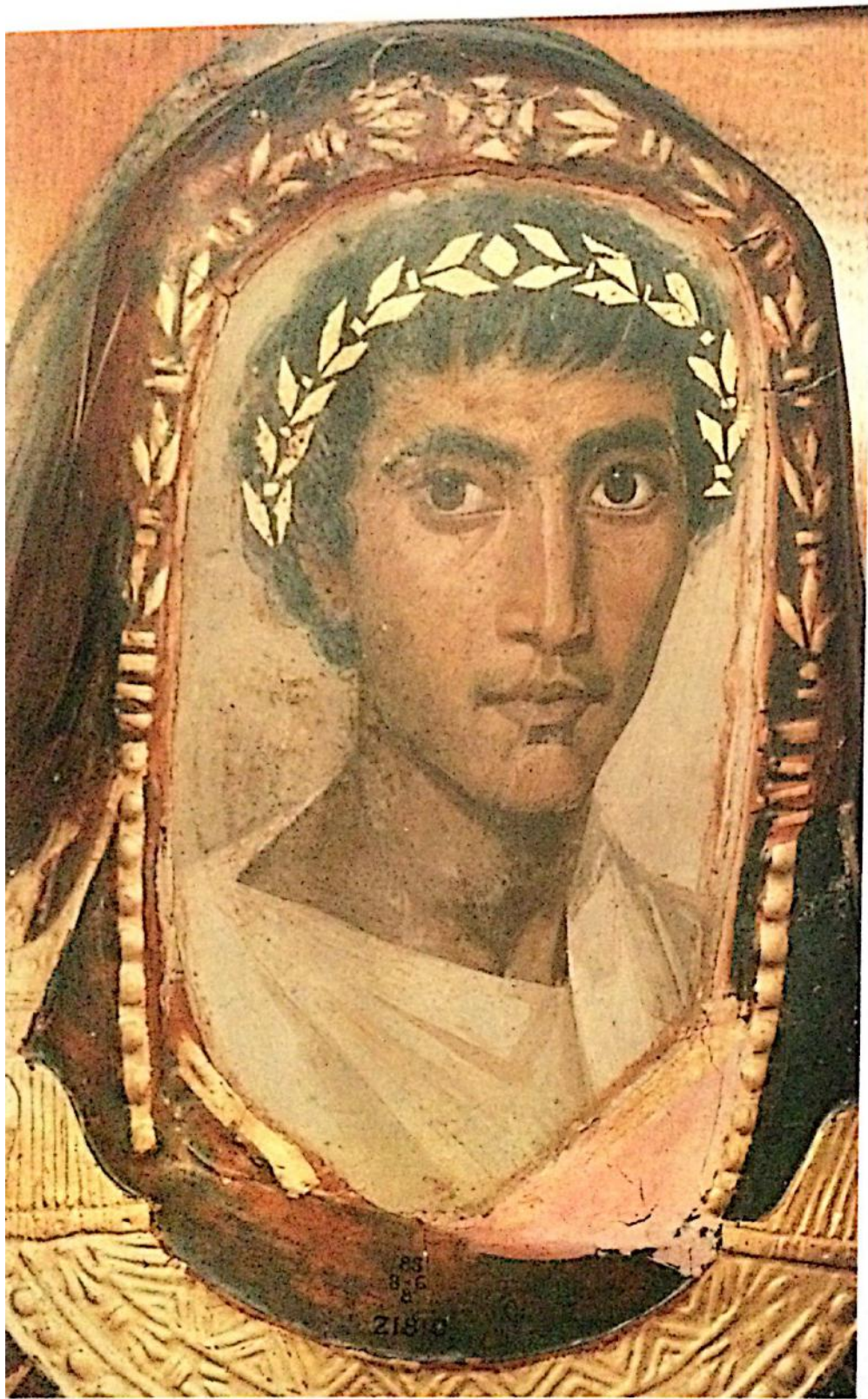


32/83 Momia y conjunto de ataúdes de Nesmutatneeru

Tebas Oeste, Derr el Bahari, tumba de Djedwesetankh, situada debajo de la capilla de Hathor. Período Tardío, XXV Dinastía, hacia 700 a. C., Boston, Museo de Bellas Artes, regalo de la Egypt Exploration Found., 1895, 95.1407 a. d.

Ataúd exterior (con postes): madera pintada, longitud 204 cm; ataúd exterior antropomorfo: madera pintada, longitud 186 cm; ataúd interior antropomorfo: madera estucada y pintada, longitud 169 cm; momia: longitud 151 cm; vendas: lino; malla de la momia: loza vidriada policroma. Nesmutatneeru era la esposa del sacerdote de Month Djedwesetankh, que procedía de una de las familias más influyentes de Tebas. El conjunto de ataúdes consistía en un ataúd con forma de basílica con postes y tapa abovedada y otros dos antropomorfos, encapados uno dentro de otro. La decoración del exterior es sobria, mostrando sobre la tapa debajo del amplio collar únicamente un disco solar alado, una escena sencilla de presentación de ofrendas ante el dios-Sol y dos columnas centrales de inscripciones.

En el interior del cuerpo del ataúd está representada la diosa del Occidente, que personificaba el reino de los muertos. El ataúd interior tiene una decoración más rica. Sobre el pecho se encuentra un halcón con cabeza de carnero y coronado por el disco solar, que tiene las alas extendidas a modo de protección. En los campos de imágenes situados debajo están representadas algunas divinidades y emblemas y la momia sobre un lecho. La momia está envuelta en un lienzo y tiene dos bandas cruzadas sobre el tronco. Una malla de cuentas de loza cubre el cuerpo desde los hombros hasta los tobillos. Sobre el pecho tiene además un escarabajo alado y las imágenes de los cuatro hijos de Horus, los dioses protectores de los órganos internos.



85 Máscara de barro de un hombre

Dióspolis Parva, período romano, h. 100 d.C.; barro pintado, altura: 25,4 cm, Londres, Museo Británico, EA 30845.

Las máscaras de las momias de escayola están bien documentadas desde tiempos tempranos en Egipto. En la época romana la variedad de tipos fisionómicos aumenta notablemente y surge una tradición de máscaras propias, que está caracterizada más aún que en el Período Ptolemaico por un espectro heterogéneo de los más diversos tipos de edad y expresión. La mayoría de las máscaras se vacaban en moldes y luego se pintaban. Esta máscara es, por tanto, algo muy especial, ya que fue elaborada libremente y a mano. El gran realismo que irradia la máscara está seguramente influenciado por el arte retratístico romano.

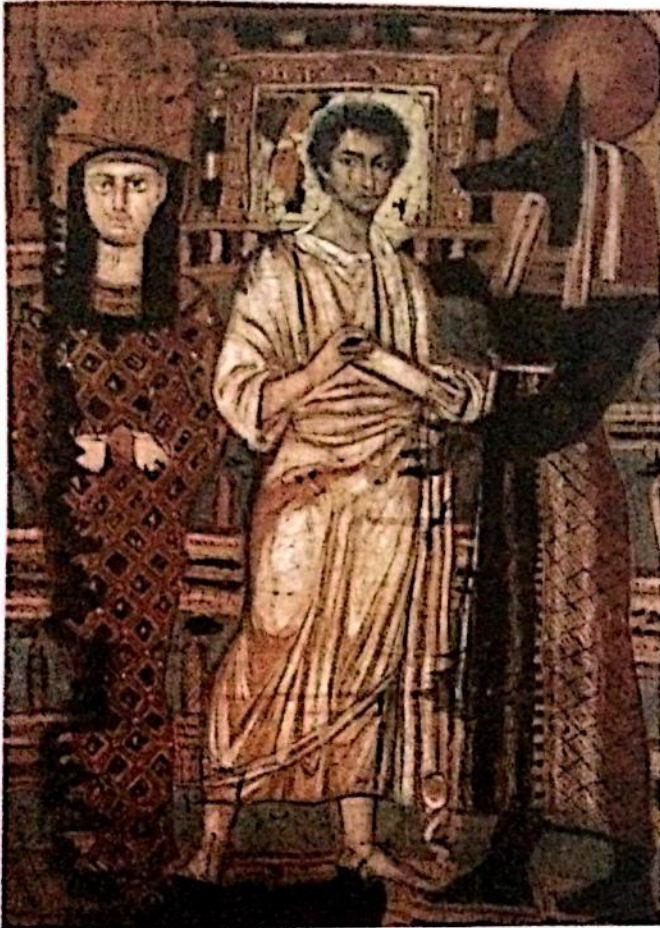
84 Retrato de momia de Artemidoro (el Joven)

Hawara; período romano, hacia 100 d.C.; madera pintada (tencástica) y dorada, longitud de la momia: 167 cm, Londres, Museo Británico, EA 21810.

La momia de Artemidoro (el Joven) fue descubierta en una tumba de Hawara hacia finales del siglo XIX. Fue investigada radiológicamente y se pudo constatar que Artemidoro llegó a la ciudad de 20 años y que presenta una gran fractura en el cráneo, posiblemente la causante de su muerte. Las cavidades del cuerpo las rellenaron los embalsamadores con una gran cantidad de material impregnado en aceite resinoso, posiblemente se trate de arena, ya que sus restos son extraordinariamente pesados. El retrato de la momia está encajado en una pieza de lino que la cubre completamente, estucada y decorada con pan de oro. Por debajo del collar se pueden reconocer tres campos con imágenes que representan la momificación a manos de Anubis, Horus y Thot como los dioses de las Dos Tierras adorando al símbolo de Abidos y, por último, a Isis bajo la forma de sacerdotisa realizando la reanimación del Osiris momificado.



86 *Máscara de escarabajo de una mujer*
 Probablemente de Hieracópolis, período romano. El metal del siglo II d.C., con un cuerpo por debajo, altura 30 cm. Hildesheim, Museo Diocesano, 574.
 Esta máscara de escarabajo muestra los rasgos faciales de una mujer joven. Se preserva a la medida clásica, en tres hilos de pequeños recubrimientos sobre la cabeza y otros tres largos que cuelgan lateralmente. El adorno del cuello consiste en una cinta sencilla con un diseño de ranuras y un collar de perlas de flor de loto. Las máscaras de este tipo se adornaban originalmente sobre una pieza personal de madera que luego se fijaba al tronco de la momia con las vendas de lino.



87 *Mortaja pintada*
 Probablemente Saqqara, período romano, siglo II d.C.; lino estucado y pintado (tempera), altura 185 cm, anchura 125 cm, Moscú, Museo Pushtkin, I.a 5749.
 Las mortajas pintadas están bien documentadas también en Egipto desde el Imperio Nuevo. La mayoría de los ejemplares que se conservan, no obstante, proceden del Período Greco-romano. En la época ptolemaica se hizo frecuente repre-

sentar la imagen momificada del difunto identificándolo con el dios de los muertos, Osiris, en el centro del patio, en el caso de las mujeres, dicha imagen las identificaba con la diosa Hathor. Esta mortaja muestra en el centro de la escena al difunto junto a la imagen mimiforme del dios de los muertos Osiris. El dios de las necrópolis y de los embalsamamientos con cabeza de chacal, Anubis, está al otro lado y su brazo reposa sobre el hombro del difunto.

Momias de animales

Los egipcios no aplicaron el arte de embalsamar únicamente a los cuerpos de personas, sino también a los de animales. En estos, no obstante, debe hacerse la distinción atendiendo a los distintos motivos de sus enterramientos. Cuando moría la mascota de una persona, por ejemplo, un perro, un gato, un mono o una gacela, éste podía ser momificado. En ocasiones se le elaboraba incluso un ataúd y, en algunos casos, una estela funeraria. Por el contrario, no es nada habitual el enterramiento del mono prefiriendo de la princesa Maatkare, de la XXI Dinastía. Fue embalsamado y enterrado con la mujer en el ataúd.

En animales aislados fuera el Egipto también la encarnación de una divinidad. Así, por ejemplo, el dios Ptah podía manifestarse en un toro o el dios Sobek en un cocodrilo, a estos animales se les rendía entonces culto en vida. Cuando el animal divino moría, se le preparaba un fastuoso entretanto que incluía el embalsamamiento de su cuerpo, ataúdes y costosas joyas como ajuar.

En el Período Greco-romano, no solo algunos animales eran la encarnación de un dios, sino que se consideró sagrada toda su especie, aunque localmente se adoraban a animales muy diferentes. El número de las especies a las que se rendía culto es grande y solo por mencionar las más importantes, abarca desde el toro, carnero, perro, ibis, halcón, pez, cocodrilo y gato hasta diminutos roedores e incluso insectos. El creyente tenía la posibilidad de donar a la divinidad un exvoto, bien bajo la forma de una estatua de bronce, o bien una momia del correspondiente animal artísticamente envuelta. Esta costumbre, que causó gran extrañeza a griegos y romanos, se hizo muy popular y condujo a la construcción de enormes cementerios para animales, la mayoría de ellos subterráneos.



88 *Momia de un gato*
 Abidos, Período greco-romano, siglos II a C., altura 45,7 cm, Londres, Museo Británico, EA 37348.

En el gato veían los egipcios la encarnación de la diosa protectora del hogar y de la familia, Bastet, por lo que con mucha frecuencia le rendían un culto especial. Sobre todo en el Período Greco-romano se momificaron grandes cantidades de dichos animales envueltos frecuentemente con un vendaje muy artísticamente trabajado e incluso eran enterrados en un pequeño ataúd y consagrados a la diosa Bastet.

El enterramiento

Wafaa el Saddik

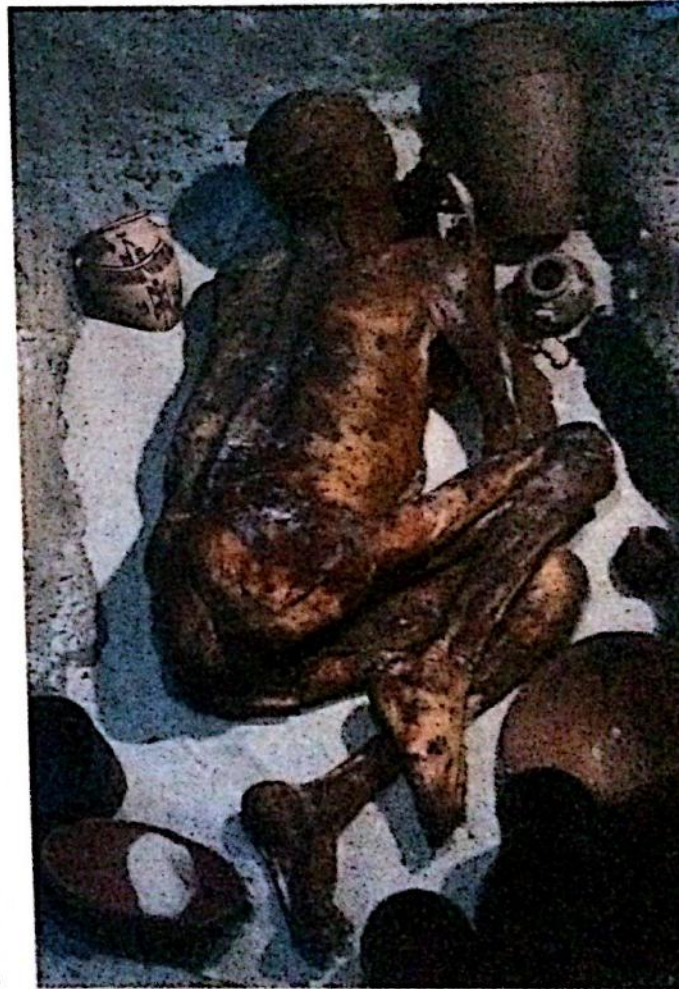
«La muerte era el primer misterio. Es la que ha guiado a los hombres tras las huellas de otros misterios. Ella ha elevado su pensamiento de lo visible a lo invisible, de lo percedero a lo eterno, de lo humano a lo divino».

Fustel de Coulanges: La Cité Antique

Cuerpo y espíritu

La muerte, o mejor dicho la preparación para la vida en el más allá, desempeñó un papel de inmensa importancia para la cultura del Egipto antiguo. El sueño de todo egipcio era la momificación de su cuerpo, para evitar así la descomposición de su imagen terrenal y asegurar con ello la supervivencia en el más allá. La conservación del cuerpo se convirtió así en uno de los elementos más importantes en el curso del rito funerario egipcio. Merced al clima seco del desierto egipcio, los hombres del Período Predinástico se percataron de que los cuerpos de los muertos enterrados en la arena ardiente del desierto se conservaban prácticamente íntegros. En consecuencia, no es sorprendente que todo egipcio que se lo pudiera permitir de algún modo le diera gran importancia a su enterramiento, es decir, a su momificación y a la dotación de su tumba con el ajuar correspondiente. Sólo a un «cuerpo» bien conservado podría volver su *ka*. Un «cuerpo destruido» no sería reconocido por el *ka* e inhabilitaría la vida en el más allá. El miedo a esta segunda «muerte» representó para los hombres del antiguo Egipto un enfrentamiento con la muerte y la inmortalidad que adquirió una dimensión apenas imaginable para nosotros y los obligó a realizar enormes esfuerzos.

El hombre se componía, según las creencias egipcias, de seis elementos distintos. Tres de ellos estaban directamente vinculados con la materia, a saber, el cuerpo (*khet*), el nombre (*ren*) y la sombra (*shut*). Los otros tres, vinculados con el espíritu supraterráneo, eran fuerzas fundamentales e inmortales del ser, a las que sólo como guía y precariamente denominaríamos partes del alma; eran el *ka*, el *ba* y el *akh*. El *ka* aseguraba al hombre la perdurabilidad de su vida eterna, se le parecía como un hermano y era indestructible. Se pensaba que el *ka* se unía con el cuerpo en el momento del nacimiento de una persona; esta duplicidad se representó



89 *El dios de los muertos Anubis*. Egipto Medio, principios del Período Ptolemaico, hacia 300 a.C., madera pintada, altura: 72 cm, anchura: 10,2 cm, profundidad: 20,7 cm; Hildesheim, Museo Peitzacus, 1582. Anubis, representado con cabeza de chacal, era

uno de los dioses de los muertos más importantes. Vigilaba todo el proceso del embalsamamiento y se le representa, en muchas ocasiones, incluso como un participante activo en el mismo. En su lugar, esta función la desempeña un sacerdote que lleva una máscara del mismo dios.

90 *Momija natural*, del Período Predinástico Gebelín, Cultura de Nagada II, mediados del IV milenio a.C., longitud real del cuerpo estirado: 184 cm, Londres, Museo Británico, EA 32751. La momia, que lleva el moderno apodo de «den-

gibes» (Ginger), se ha conservado de este tal por deshidratación posterior a su muerte en la ardiente arena del desierto, proceso que adquieren los hombres y de tal proceso en Egipto creaban a comienzos de embalsamar los cadáveres.

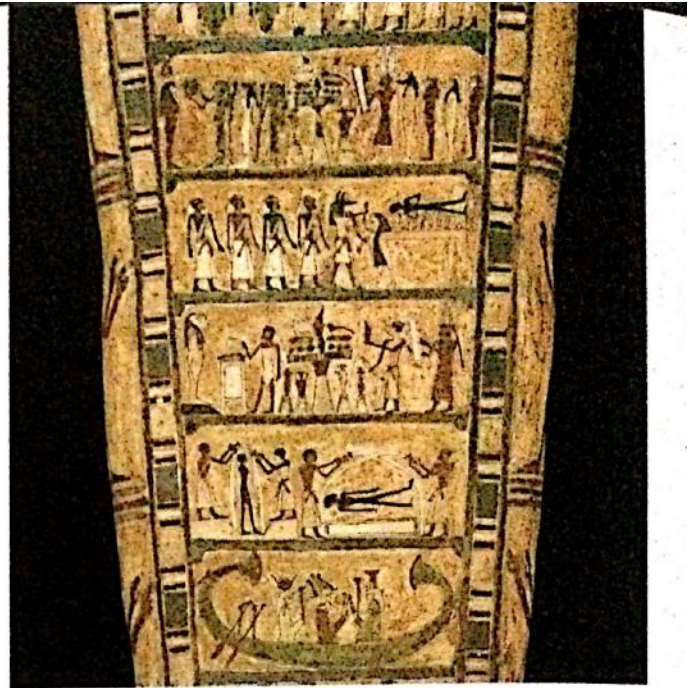


91 *Tendas de la momia de la princesa*

Nesitanebisheru

Tebas Oeste, Desd el Rahari, escondite de las momias reales, Tercer Período Intermedio, XXI Dinastía, hacia 1000 a. C.; lino, longitud máx. 480 cm, anchura máx. 30 cm, Leiden,

Museo Nacional de Antigüedades, ANM 8. Las vendas utilizadas para la envoltura de la momia eran de distintas anchuras y longitudes. Presentan una trama especialmente fina del tejido. Algunas de ellas disponen de franjas y ribetes en sus extremos.



92 *Ataud de Mutirdis*

El Hibe, Período Greco-romano, siglos II I a. C.; madera pintada, longitud: 170 cm, anchura: 46 cm; Hildesheim, Museo Pflaetz, 1953. En los campos de imagen quinto y séptimo de los ocho que decoran este ataud, dispuestos ver-

ticamente, se encuentra la rara representación del ritual de embalsamamiento: el cadáver, reproducido como una silueta negra, está siendo preparado por los sacerdotes para el embalsamamiento. En el ritual recitan fórmulas mágicas y vierten sobre el fluido purificantes.

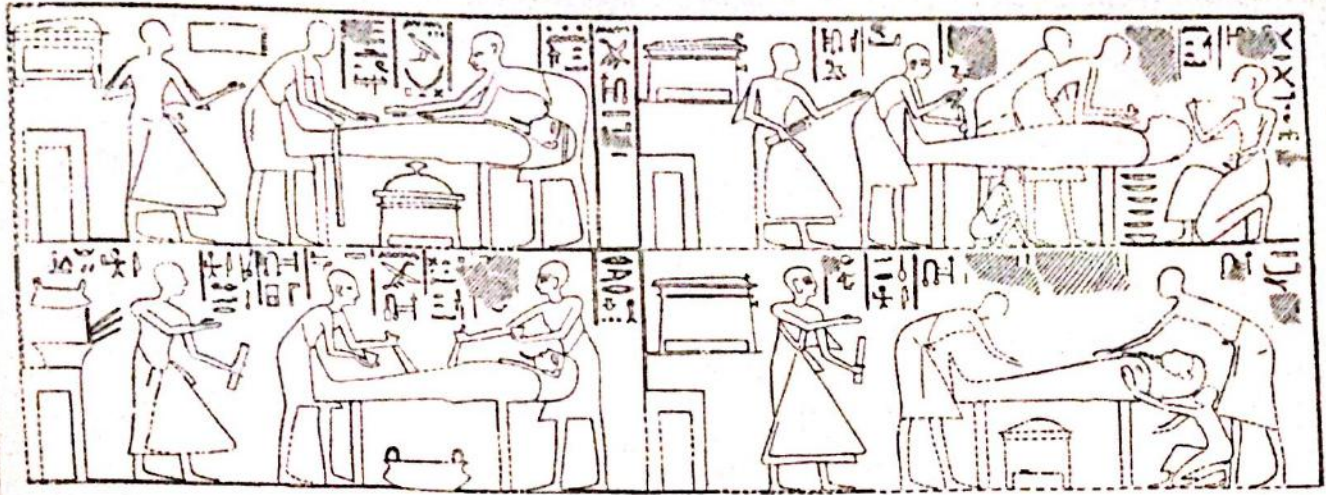
frecuentemente en imágenes. El dios creador Khnum le dio forma al cuerpo del hombre en su torno de alfarero y a la vez a su *ka*. El *ka* también está en condiciones de alimentar al hombre después de su muerte, pues sólo él puede ir y venir entre la cámara funeraria propiamente dicha y la antecámara de la misma que contiene las ofrendas e ingerir los equivalentes espirituales de los alimentos allí depositados. Se representa el *ka* bajo la forma de unos brazos humanos alzados o también como una silueta humana que lleva esos mismos brazos sobre la cabeza. El *ba*, por el contrario, vinculado estrechamente con el corazón humano, abandonaba el cuerpo en el momento de la muerte; de ahí que se representara como un pájaro con cabeza humana. Podía adquirir cualquier forma y también vagar de un lado para otro, pero siempre volvía a su lugar asignado, la tumba. El *ba* se consideraba como aquella parte innata de la persona que le permitía el movimiento tanto en vida como después de muerto y que le permitía al difunto volver al mundo de los vivos mediante su «salmapájaro» durante el día. La condición para ello era que el cuerpo intacto estuviera siempre disponible para el retorno nocturno al reino de los muertos, que era su hogar. Un cadáver destruido hubiera condenado al *ba* al destierro eterno, convirtiéndolo en apátrida, y con ello la personalidad del individuo habría desaparecido para siempre.

El tercer «ser espiritual» del hombre es el *akh*. Es igualmente inmortal y se podría describir de la forma más aproximada con el concepto de «alma eterna». El *akh* pertenece a la esfera de los dioses, como refieren los *Textos de las pirámides*. Iconográficamente se representaba como un ibis coronado. Es casi una paradoja que los hombres del antiguo Egipto declararan como inmortales al *ka*, *ba* y *akh*, pero a pesar de ello se aferraron a una conservación lo más intacta posible del cuerpo terrenal, creyendo que sólo entonces podrían sobrevivir también los tres «seres espirituales».

En tiempos prehistóricos se acostumbraba enterrar a los muertos directamente en la tierra, desnudos o envueltos en paños de lino, en

posición fetal. Siempre y cuando el cuerpo no entrara en contacto con las aguas subterráneas, se secaba completamente en la arena ardiente del desierto y, debido al contenido de sales naturales, se desinfectaba y quedaba protegido contra la descomposición. Incluso el contenido de los intestinos se conservó en muchos casos intacto, de forma que en más de una ocasión se ha podido reconstruir de qué estaba compuesta la última comida ingerida. Quizá fueron estos enterramientos en posición fetal los que posteriormente serían decisivos para que surgiera la creencia de que el difunto, en dicha posición fetal y así enterrado en el cuerpo de la tierra, esperaba a su renacimiento en el mundo de los inmortales. Pero como se carecía de los conocimientos sobre los procesos físicos y químicos de una «momificación natural» de este tipo, podría ser precisamente la observación de estos cuerpos casi incorruptos de antepasados muertos hacía mucho tiempo también uno de los muchos inductores que contribuyeron a la aparición de la momificación artificial.

El proceso exacto de la momificación y la cuantificación también exacta de las sustancias utilizadas para el mismo sólo se puede reconstruir hoy hasta cierto punto. Las referencias ya están contenidas en el origen etimológico de las denominaciones «momia» y «embalsamamiento». La palabra «momia» tiene su origen en el persa antiguo y denominaba originalmente el betún o pez natural, con el que se trabajaba en múltiples ocasiones en la medicina. «Embalsamar» se remonta a la palabra latina utilizada con el significado de unguir el cuerpo con unguentos y aceites aromáticos. No han llegado hasta nuestros días detalles precisos sobre el proceso real seguido en la momificación, al menos no el del período de florecimiento de la cultura egipcia. Sólo en algunos ataúdes de los siglos II y I a. C. se trata este tema, pero tampoco se describen en ellos los detalles (para leer un análisis más detallado de la momificación en tiempos faraónicos y sus descripciones por Heródoto, véase la página 460 y siguientes).



93 Escenas del vendado de una momia y de la preparación del ataud. Tebas Oeste, tumba de Tyai (TT 23), Imperio Nuevo, XIX Dinastía, hacia 1250 a.C. Las escenas que representan el ritual de

embalsamamiento reproducen detalladamente el proceso de vendado de la momia por los sacerdotes (izquierda). En las dos escenas de la derecha se puede observar la preparación del ataud.

El ritual de la momificación

Dos papiros de finales del siglo I d.C. describen el embalsamamiento ritual de diversas partes del cuerpo y se concentran en la reproducción de los conjuros a formular verbalmente, que tienen por objeto final el que la parte del cuerpo que se encuentra precisamente «en tratamiento» despierte a la nueva vida. Sin duda, estos textos tienen su origen en aquellos otros tomados de un «manual para embalsamadores» redactado con bastante anterioridad, que describía con toda exactitud cada detalle: cuáles eran los movimientos con los que acercarse al cadáver, qué materiales se utilizaban, cómo se utilizaban los mismos, cuáles eran las fórmulas rituales a recitar en cada paso.

El vendado de las momias debía durar quince días, estando cada detalle preestablecido. Se tenían que preparar grandes cantidades de vendas de lino de diversos espesores y anchos, impregnadas de resina, pudiendo alcanzar todas ellas unidas una longitud de casi 4 800 metros. Algunas de las vendas están dotadas con ribetes o franjas; las momias reales, como la de Amenofis III y Tutmosis III presentan vendas con esas franjas y textos en escritura jeroglífica tomados del *Libro de los muertos*. En general se puede decir que en el transcurso del Imperio Nuevo, sobre todo hasta la XXI Dinastía, se siguieron desarrollando ininterrumpidamente los métodos de vendaje de las momias.

Antes de proceder al vendado en sí, todas las vendas (llamadas *wet* en egipcio) se ordenaban según el uso, longitud, anchura y espesor y se marcaba el principio de cada tira. El cadáver yacía sobre un lecho especialmente diseñado al efecto, que permitía al embalsamador trabajar sin obstáculos alrededor de todo el cuerpo. Normalmente, sobre el cuerpo se ponían primero vendajes de lino tosco, mientras que las tiras de vendas más finas se usaban solamente para las capas finales de la envoltura exterior. También se utilizaban paños enteros y largos de lino, que se

ataban a la cabeza y a los pies. El material podía comprarse especialmente para el enterramiento o bien, como prueban los hallazgos, se utilizaba lino usado procedente del ajuar doméstico del fallecido.

Un caso especial lo constituían aquellos paños en los que había estado envuelta una divinidad; eran considerados como sagrados y, por esta razón, muy estimados. Los papiros antes mencionados contienen información sobre el «señor de los secretos», un sacerdote con la máscara del dios Anubis. Era quien dirigía el embalsamamiento y el que trataba la cabeza del difunto con sus propias manos. Además del corazón, la cabeza era la parte más importante del cuerpo. Era considerada como el centro de la vida, los rasgos faciales permitían al espíritu del muerto reconocer de nuevo su cuerpo, volver a él y resucitar de esta forma. A continuación se embalsamaban y vendaban las manos, primero la izquierda y luego la derecha. Posteriormente seguían los pies. Por las pocas escenas que reproducen en imágenes una momificación, sabemos que otro sacerdote acompañaba cada uno de los pasos recitando fórmulas mágicas que leía de un rollo de papiro.

Después del embalsamamiento de la cabeza seguía el del tronco. En el texto del papiro que describe esta parte del trabajo se encuentran datos sobre la composición del aceite y de las telas. El aceite se consideraba como de «origen divino», en él estaban contenidos los fluidos corporales de las cuatro divinidades de la creación.

Las fórmulas a recitar se refieren, sobre todo, a la «carga» con fuerzas mágicas de los amuletos y talismanes colocados entre las vendas. Por su constitución, los amuletos en sí simbolizan fuerzas especiales: el oro se vincula con el día, la plata con la noche, la turquesa con el cielo diurno y el lapislázuli con el nocturno. El amuleto más importante era, sin duda, el escarabeo asignado al corazón, que se depositaba sobre el pecho. En su cara inferior estaba inscrita una breve admonición al corazón para que no hiciera declaraciones contra su portador ante el juicio del inframundo en la sala de Osiris.

También exteriormente se disponían amuletos sobre los vendajes, una vez concluido el vendado, por ejemplo, con imágenes de las cuatro divinidades, los hijos de Horus, las diosas protectoras Isis, Nefit, Neith y Selket, además de Anubis y del escarabeo alado. El final del embalsamamiento y del vendado se comparaba con la salida y la puesta del sol.



Por último, con la máscara de la momia se cubría la cabeza y los hombros. Las máscaras de lino reforzado con escayola o de metal -en algunos faraones también de oro puro- reproducían los rasgos faciales del difunto. Mas no sólo fueron momificados los hombres, sino también los animales. De éstos se han hallado millares de momias, sobre todo del Período Ptolemáico y del romano.

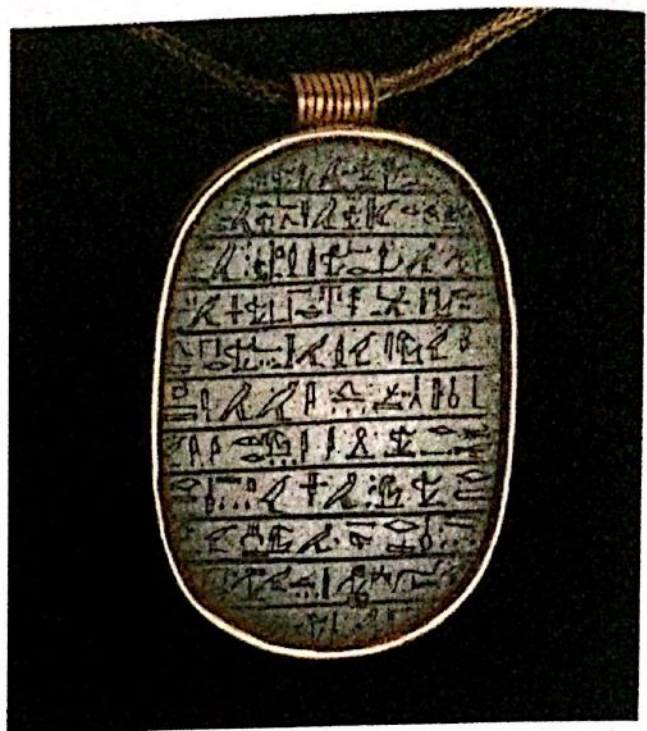
Estos hallazgos permiten sacar conclusiones bastante precisas sobre la momificación de animales en tiempos faraónicos. Sólo de Saqqara conocemos, por ejemplo, 4 millones de ibis embalsamados. El motivo para la momificación de animales era, por una parte, el enterramiento de los animales mascota con el dueño; pero en muchos más casos se trataba del enterramiento de un animal considerado como divino.

No eran raros los ataúdes y las estelas funerarias elaborados *ex profeso*. A título de ejemplo de cómo se rendía culto a los animales sagrados en el antiguo Egipto cabe citar aquí el toro Apis, de cuyo fastuoso enterramiento y colocación en la tumba dentro de gigantescos sarcófagos de piedra nos da sobrado testimonio el Serapeum de Saqqara.

Al igual que las momias de los reyes, también las de los toros Apis estaban literalmente cubiertas con valiosos amuletos y joyas de ornato. Esto fue seguramente el motivo por el que los ladrones de tumbas destruyeron estas momias, de forma que no se ha conservado ninguna de ellas hasta nuestros días.

94/95 El escarabeo-corazón de la momia del general *Djehuti*. Saqqara. Imperio Nuevo, XVIII Dinastía, h. 1450 a.C.; pizarra, montura y cadena de oro; longitud del escarabeo, 8,3 cm; ancho, 5,3 cm; alto, 2,7 cm; longitud de la cadena, 133 cm; Leiden, Museo Nacional de Antigüedades, AO Ia. Los escarabeos-corazón cumplían un papel muy especial para el difunto. El texto de la base pro-

cede del *Libro de los muertos* del antiguo Egipto (pasaje 30 E). Según la creencia de los antiguos egipcios, en el corazón residía la inteligencia y la conciencia, el escarabeo que lo representaba tenía como misión no declarar nada que perjudicara a su portador en el momento del juicio de los muertos. Esto precisamente es lo que le recuerda tal texto. Este ejemplar es una de las piezas de más alta calidad en su género.



La colocación en el ataúd

La momificación del cadáver es sólo un intento de preparar al muerto para la eternidad. Después de que el cadáver había sido protegido físicamente mediante el embalsamamiento y la envoltura con vendas de lino y también mágica y espiritualmente con diversos amuletos, se precisaba aún de una protección adicional que consistía en un ataúd y, si era posible, en un sarcófago que sirviera para envolverlo.

El ataúd estaba, en la mayoría de los casos, pintado por el interior, siendo las puertas y los ojos los elementos decorativos más importantes. El difunto, que vivía en su ataúd como en una casa, debía tener la posibilidad de poder abandonar también esta vivienda cuando él o, mejor dicho, su *ka* quisiera salir al mundo exterior. Los ojos *udjat* le permitían ver el ajuar funerario, el sol naciente u otros acontecimientos. Un «mapa del inframundo», que también se pintaba en ocasiones en el interior del ataúd, servía para encontrar el camino correcto. Los conjuros mágicos tenían por objeto evitar una segunda muerte en el más allá plagado de peligros.

Los ataúdes con forma de momia se desarrollaron ya entrado el Imperio Medio, cuando se generalizó el uso de máscaras funerarias para cubrir la cabeza y los hombros de los cadáveres. Probablemente estas máscaras tenían también la misión de compensar una posible alteración del cuerpo momificado con el paso del tiempo, de modo que, en todo caso, los muertos pudieran

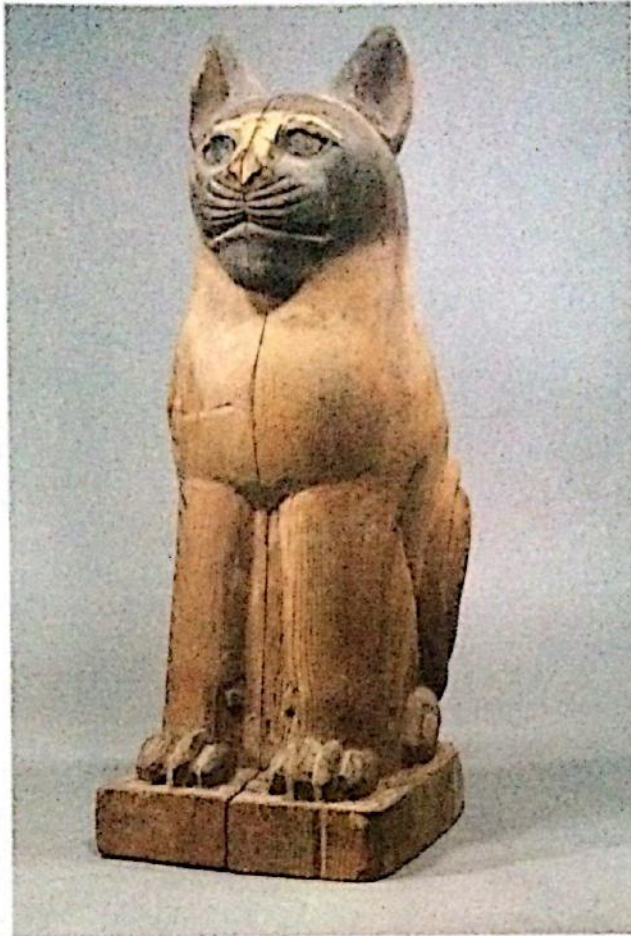
98 (detecha) El Libro de los dos caminos en la decoración interior del ataúd de *Gua*. El Bersheb; Imperio Medio, XII Dinastía, hacia 1910 a.C.; madera estucada y pintada; longitud del ataúd, 260 cm; Londres, Museo Británico, EA 30839.

La pintura que decora la cara interior del ataúd reproduce un mapa del *mitamundo* con dos caminos diferentes; el difunto tiene en esta representación un auxiliar valioso para llegar hasta el más allá, gracias a que los textos y la imagen le sirven de guía del viajero.

96 *Ataúd de gato*

Época romana, siglo I d.C.; madera parcialmente dorada, longitud 32,7 cm, altura 19 cm, anchura 13,3 cm, París, Museo del Louvre, E 2962

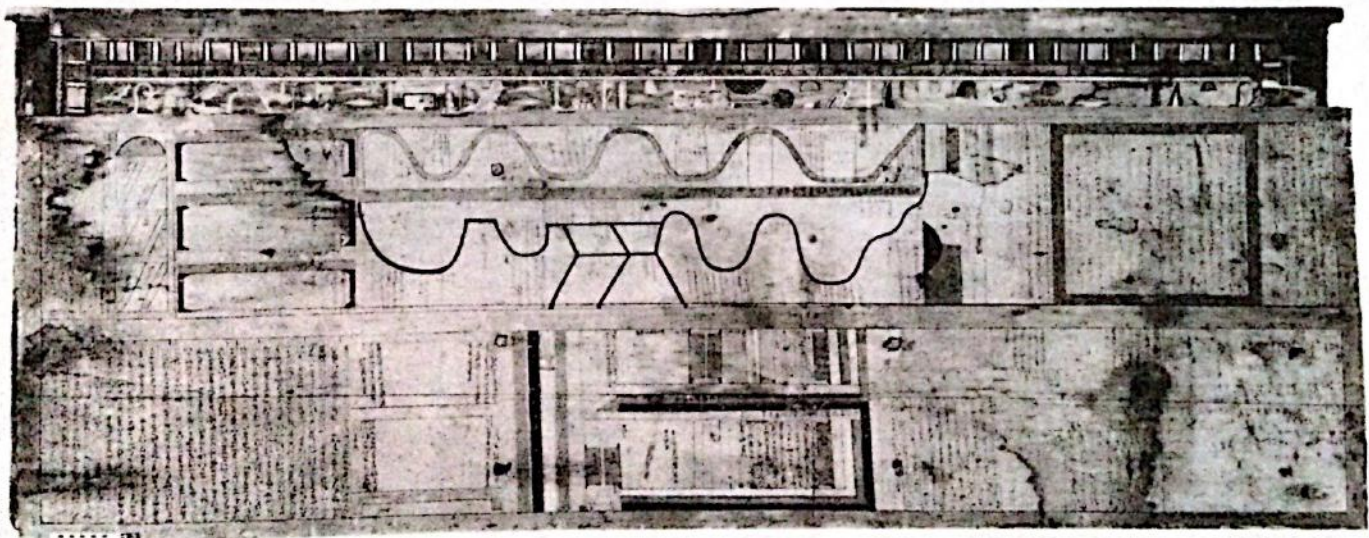
Los gatos sagrados, que pertenecían a la diosa del rey y de la fertilidad Bastet, desempeñaron un papel especialmente importante en el Periodo Tardío y en la época grecorromana. Los animales momificados podían ser enterrados en ataúdes especialmente diseñados al efecto con forma de gato.



97 *Tapa del ataúd interior de una mujer llamada Henutmehit*

Tebas Oeste, Imperio Nuevo, XIX Dinastía, hasta 1250 a.C.; madera estucada, dorada y pintada, longitud 188 cm, Londres, Museo Británico, EA 48001.

También las personas que no pertenecían a la realeza fueron enterradas en ataúdes de muy diversos materiales encajados unos en otros. La decoración, inscripciones y amuletos protegen a la difunta y le garantizan su camino seguro hasta el más allá.







ser identificados de nuevo por su *ba*. A la vez, en la mayoría de los casos se le daba un parecido con la imagen del dios de los muertos, Osiris, que solía reproducirse como la momia de un rey.

Los ataúdes eran al principio de lino o papiro reforzados con escayola; posteriormente, a finales del II Período Intermedio, fue en aumento el uso de ataúdes de madera. Estaban decorados de forma sencilla y presentaban inscripciones en franjas con una descripción del difunto e imágenes de los dioses. Gracias al descubrimiento de la tumba de Tutankhamón, sabemos que los reyes del Imperio Nuevo fueron enterrados en varios ataúdes que se encajaban unos dentro de otros. La costumbre de proteger a la momia en una serie de ataúdes miformes, encajados unos dentro de otros, se puso tan de moda durante las Dinastías XIX a XXI que también las personas no pertenecientes a la realeza se hicieron enterrar de este modo. En esta época se empezó también a decorar con mayor profusión los ataúdes por sus caras interiores y exteriores. Las interiores están completamente cubiertas por pinturas que reproducen escenas del inframundo, dioses protectores y amuletos. Las caras exteriores presentan las escenas que ya conocemos de la decoración de las tumbas y que representan el culto a los dioses realizado por el difunto, el viaje del dios-Sol en una barca a través del inframundo, la sala del juicio con Osiris y los cuatro hijos de Horus. El disco solar alado y el escarabeo también alado apuntan hacia el deseo de participar en el ciclo eterno del dios-Sol y ofrecen una protección adicional.

Alemás de estos ataúdes miformes de alegre colorido y frecuentemente sobrecargados, existían otros más sencillos pero probablemente no menos caros, los sarcófagos de la piedra más dura, en su mayoría de basalto o granito. En sus superficies están labradas a cincel inscripciones con la biografía del difunto y textos con figuras de exquisita calidad artística tomadas de los *Libros de los muertos*.

Los datos aquí apuntados sobre los ritos de la colocación en el ataúd y sobre la forma y decoración tanto de ataúdes como de sarcófagos se refieren, predominantemente, a los ritos de enterramiento de los reyes, de las altas personalidades del reino y de la burguesía acomodada de Egipto. Por el contrario, para la población carente de recursos estaban disponibles, en la mayoría de los casos, sólo unas tablas, esteras de sisal y vasijas de barro como posibilidad de protección para el cadáver y su resurrección en el más allá. Con frecuencia los pobres no podían afrontar los gastos de un embalsamamiento, pero resulta paradójico que sean precisamente muchos de estos cuerpos, enterrados en las ardientes arenas del desierto, los que se han conservado hasta hoy mejor que muchas momias embalsamadas y depositadas con todo cuidado en ataúdes.

El ajuar

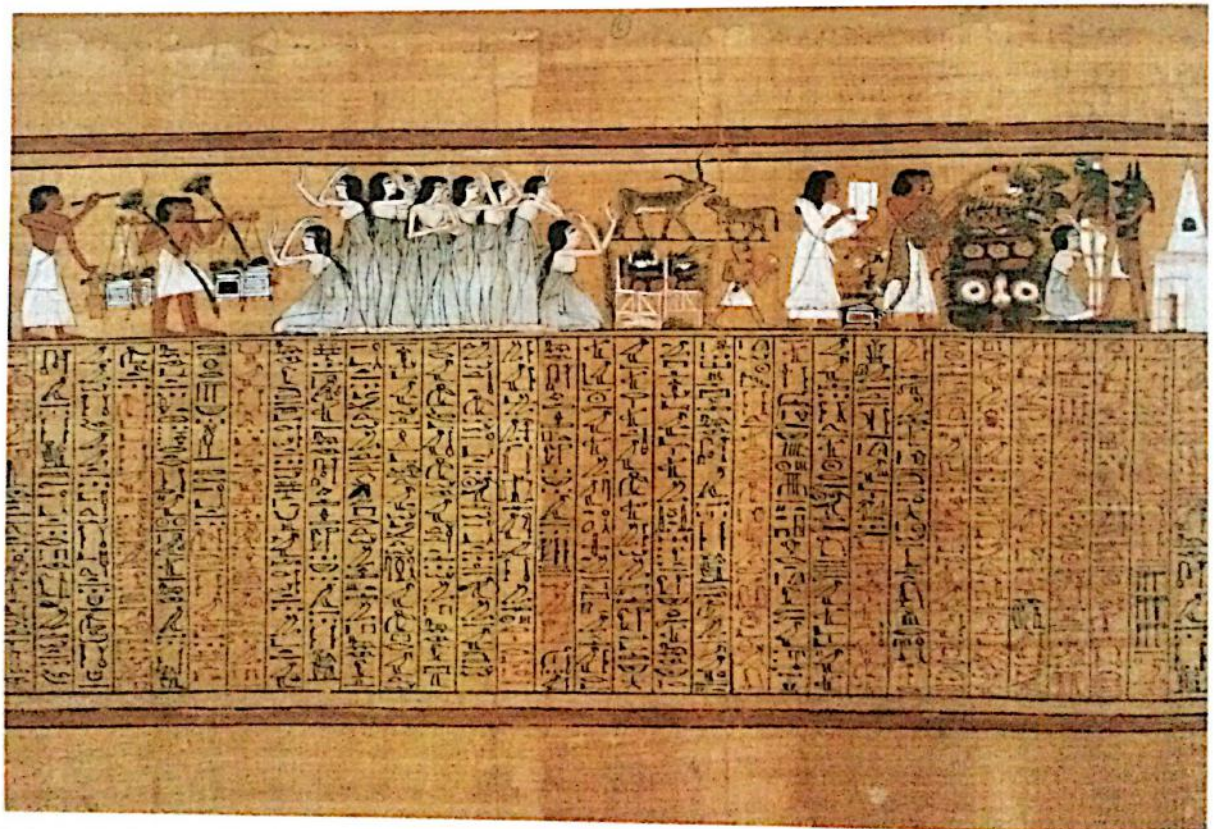
Al lado del sarcófago se colocaban los vasos canopos, en la mayoría de los casos alojados en un estuche especialmente elaborado al efecto. En ellos se guardaban las vísceras del difunto, que habían sido extraídas de su cuerpo pero que formaban una parte tan importante del enterramiento

99-102 Conjunto de ataúdes de una mujer desconocida

Tebas Oeste, Deir el-Bahari, «segundo Escondrijo» (Bab el-Gusus), Tercer Período Intermedio, XXI Dinastía, madera estucada y pintada; longitud del ataúd exterior 194 cm, del ataúd interior 197 cm; Berna, Museo Histórico de Berna, E 10.

La momia de una mujer, cuyo nombre nos es desconocido, con todo su conjunto de ataúdes procede del segundo escondrijo de Deir el-Bahari, el llamado Bab el-Gusus. Allí se había depositado un gran número de momias de

sacerdotes de Amón y sus familiares para protegerlos de los ladrones de tumbas. Los dos ataúdes de la mujer desconocida están ricamente decorados y muestran una gran variedad de escenas religiosas. Aquí se evidencia la necesidad de representaciones de poder mágico en las más variadas formas y también el intento de disponerlas lo más cerca posible de los cuerpos de los difuntos, característica de la XXI Dinastía. Además, las ricas joyas que, sobre todo, se aprecian en la decoración de la peluca y del collar, hacen patente el afán por ostentar el bienestar terrenal y garantizarlo en el más allá.



como el ataúd con el propio cadáver. En torno a este conjunto se agrupa un número de elementos que conforman el ajuar, en parte elaborados exclusivamente para el enterramiento, en parte procedentes también de las pertenencias privadas del difunto, con el fin de hacerle lo más agradable posible la vida en el más allá.

No obstante, esta vida en eterna felicidad se veía enturbada por las obligaciones que tenía que afrontar el difunto para mantener en pie la agricultura que aseguraba a su vez la vida en el más allá: su mano de obra era requerida en los campos de cultivo. Pero para ello también se había dado con una solución que consistía en llevar consigo a la tumba la mayor cantidad posible de estatuillas de sirvientes, los llamados *ushabtis*, que habían de asumir todos los trabajos más duros. Un texto mágico, pintado o tallado sobre estas figurillas, era el que inducía la eficacia de esa ayuda. Hasta 365 *ushabtis* —es decir, uno por cada día del año— han sido hallados en los ajuares funerarios. Se *ushabtis* capataces, equipados con un buen lingo y mejor vestidos, velaban por que los trabajos se desarrollaran sin conflictos.

Los ritos: la reanimación y la inmortalidad

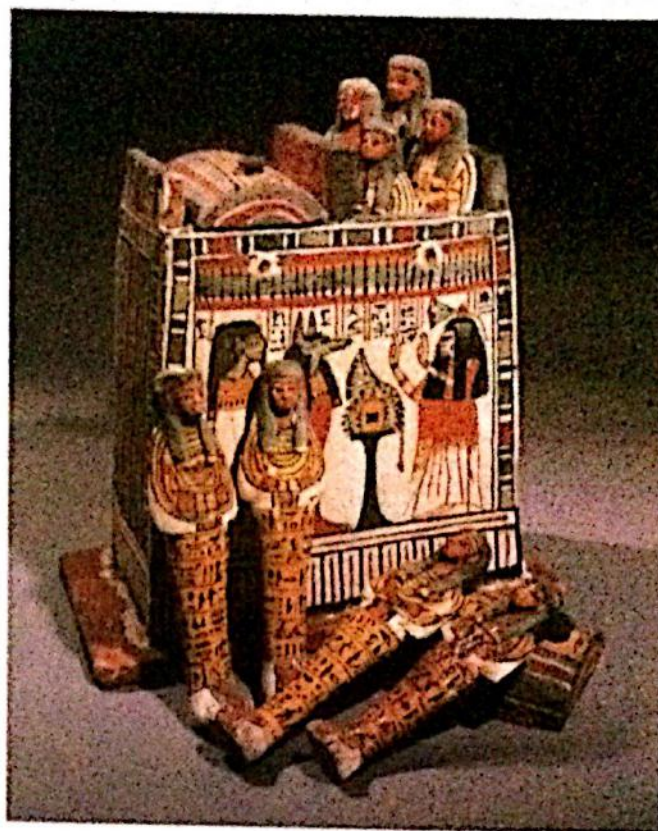
Antes de llevar el cadáver a la tumba, ya dispuesta a acogerle, con su ajuar y en medio de un cortejo fúnebre ceremonial acompañado por el agudo lamento de dolor de las plañideras, se emprendía la peregrinación —al menos ideal— hasta Abidos. La peregrinación de culto a Abidos era un viaje al lugar sagrado del dios de los muertos, Osiris, e indisolublemente vinculada con la creencia en ese dios. Pero ciertamente, en la realidad, este viaje sólo tuvo lugar, para la mayoría de los egipcios, solamente de manera simbólica cuando la procesión fúnebre atravesaba el Nilo en dirección oeste y el cuerpo era conducido a través de la necrópolis.

No obstante, se quería participar de la sacralidad de Abidos y en los misterios que allí se representaban en honor de Osiris. La frecuente representación de la peregrinación a Abidos en las paredes de las cámaras funerarias pone en evidencia que este rito de enterramiento, el más apreciado por los egipcios, no podía faltar en ninguna tumba.

El cortejo fúnebre que tenía lugar después del embalsamamiento del cuerpo está representado tanto en las tumbas como también en los papiros del *Libro de los muertos*. La momia iba acompañada por todo su ajuar funerario. El difunto era llevado en un ataúd hasta la necrópolis, seguido inmediatamente por el tabernáculo con el estuche de los vasos canopos, los utensilios de culto, el ajuar y las ofrendas. El *tekenu*, un objeto con forma de saco y cabeza humana, que posiblemente contenía restos de la momificación, también era llevado en el cortejo.

Los familiares, sacerdotes y plañideras acompañaban al cortejo hasta la tumba, donde la momia se sometía al ritual de la apertura de la boca. En éste, el sacerdote *sem*, en representación del hijo primogénito del difunto, sometía a la momia, o bien a su estatua, a una especie de reanimación. Los rituales de purificación, la quema de incienso y la unción de

acompañados por un sacerdote que quema incienso y hace libaciones. El tabernáculo con los vasos canopos, ricamente decorado, aquí de menor tamaño, es remolcado también sobre un trineo. El cortejo está formado por sacerdotes, familiares, portadores del ajuar funerario y por un nutrido grupo de plañideras. Delante de la tumba el dios de los muertos, Anubis, recibe a la momia, tras haber sido atraído por las recitaciones y los rituales de ofrendas hechos por los sacerdotes. Uno de éstos sostiene en la mano el utensilio para la apertura de la boca, para practicar el acto ritual de la reanimación del difunto.



105 Ushabtis de Henutmehit, en su caja
Tebas Oeste, Imperio Nuevo, XIX Dinastía,
hacia 1250 a.C., estuche: madera estucada y
pintada, altura: 34 cm, Londres, Museo
Británico, EA 41549
Las estatuillas de sirvientes con forma de

momia tenían como misión asumir los trabajos obligatorios en los «slos campos de los muertos» en lugar del dueño de la tumba. Los textos mágicos que tienen inscritos en sus cuerpos garantizan la eficacia de estos abnegados trabajadores.

la cara y diversas partes del cuerpo con ungüentos en distintas ceremonias sucesivas —que podían alcanzar hasta 75 en número— muestran claramente hasta qué grado estaban convencidos de que con ellas el difunto recuperaría todas sus funciones tanto corporales como espirituales. Podemos decir, en suma, que los rituales de enterramiento tenían como función ayudar a cada difunto a alcanzar una nueva vida en el más allá lo más segura posible.

La idea de que sólo después de la muerte comienza la verdadera vida y que vale la pena todo el esfuerzo por conseguirla, le asignaba al culto funerario de los egipcios una posición tan alta en su escala de valores durante la vida terrenal como no se conoce en ningún otro pueblo de las civilizaciones antiguas. Esta creencia entrañaba para los vivos toda una serie de previsiones y obligaciones sumamente caras.

Como ya vimos antes, no todos podían financiar cada paso, de forma que no falta del todo la impresión de que solamente los ricos alcanzaban de nuevo una «vida sin carencias» después de la muerte. Como consuelo pueden considerarse los textos que han llegado hasta nosotros, que dejan patente que la vida en el más allá no depende de la dotación de la tumba, sino del pensar y actuar correctamente de cada hombre durante su vida terrenal.

103/104 Papiro del Libro de los muertos de Ani, cortejo fúnebre

Probablemente de Tebas Oeste, Imperio Nuevo, XIX Dinastía, hacia 1250 a.C., papiro pintado, altura: 38 cm, Londres, Museo Británico, EA 10470.

El papiro de Ani se encuentra entre los «libros de los muertos» más famosos y mejor conservados del Imperio Nuevo. El texto está decorado con numerosas viñetas a color; la escena del cortejo fúnebre muestra numerosos detalles. Así, por ejemplo, aquí el trineo con la momia y el conjunto de ataúdes es atraído por bueyes de distintos colores,



106 Estela de Heny con su hijo
 Imperio Medio, principios de la XII Dinastía,
 hacia 1920 a.C.; caliza pintada; altura: 30 cm,
 anchura: 35 cm, Copenhague, Gliptoteca
 Ny Carlsberg, E.I.N. 1018.
 A la izquierda está el difunto Heny, hijo de

Hetep, con el bastón largo que caracteriza a un hombre respetable en la mano izquierda y un cetro en la derecha. Como únicas prendas de vestir lleva un amplio collar y el faldellín; además, una peluca corta, bigote y perilla. Ante él está su hijo Rehu, cuya

desnudez es prueba de su juventud. A la derecha está «su hija, a la que ama de corazón» llamada «It, nacida de Sat-Sobek». En las superficies libres, entre las imágenes, están dos conjuntos de ofrendas, uno más pequeño sobre el hijo en una estera y otro,

mayor, sobre una mesilla delante de la hija. La orientación de los personajes y de las ofrendas dándose los primeros la cara idéntica la imagen como la realización del culto funerario de ambos hijos al padre difunto.